

JOSÉ MARÍA JAVIERRE

JUAN DE LA CRUZ, UN CASO LÍMITE

OCTAVA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2019

Imagen digital de cubierta realizada por Christian Hugo Martín
para Ediciones Sígueme

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1994
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1145-9
Depósito legal: S. 118-2019
Impreso en España / Unión Europea

CONTENIDO

1. Me pregunto si Juan de la Cruz fue un perdedor	9
2. Desde luego, inquietante	25
3. Veintisiete mil kilómetros a pie descalzo	35
4. De gente muy bien nacida. El cubil de los Yepes	45
5. Gonzalo y Catalina, padres de fray Juan: por amor se casaron. <i>Fontiveros 1529</i>	57
6. «Hijo nací de un pobre tejedor». <i>Fontiveros 1540</i>	69
7. Dios aprieta, pero no te suelta. <i>Fontiveros, Torrijos, Gálvez 1540-1548</i>	81
8. La urdimbre y la trama. <i>Arévalo 1548-1551</i>	101
9. Los Yepes emigran a Medina del Campo. <i>Medina del Campo 1552-1554</i>	113
10. Que no lo pinten de caramelo, por favor. <i>Medina del Campo 1555-1562</i>	131
11. Evadido. <i>Medina del Campo 1563-1564</i>	153
12. ¿Está feliz en Salamanca? <i>Salamanca 1565-1566</i>	173
13. Codiciado también por madre Teresa. <i>Salamanca, Medina, Salamanca 1567</i>	201
14. Tiene cita con una monja. <i>Salamanca 1567-1568</i>	241
15. Van a montar un Belén. <i>Medina del Campo. Valladolid, Avila 1568</i>	261
16. Si estos frailes están chalados. <i>Duruelo 1568-1570</i>	283
17. Donde se narra cómo madre Teresa fundó con dos aventureros italianos el segundo convento descalzo en la villa de Pastrana. <i>Duruelo, Pastrana 1569-1570</i>	305
18. Ha conocido la mujer de su vida. <i>Mancera, Pastrana, Alba de Tormes, Mancera 1570-1571</i>	323

19.	«Religioso y estudiante...». Fray Juan rector del colegio universitario. <i>Alcalá de Henares, Pastrana 1571-1572</i> ..	353
20.	«Traígoles, señoras, por confesor un santo». <i>Avila 1572-1573</i>	373
21.	Legiones de diablos y una princesa. <i>Avila 1573-1574</i>	399
22.	La familia carmelitana está rompiéndose en dos. <i>Avila 1574-1576</i>	441
23.	Han raptado a fray Juan de la Cruz. <i>Avila 1576-1577</i> ...	479
24.	Fray Maldonado y su cuadrilla ignoran que han raptado un poeta místico. <i>Avila 1577</i>	513
25.	Preso está en Toledo. <i>Toledo 1577</i>	533
26.	Una «celda de castigo». <i>Toledo 1577-1578</i>	549
27.	El preso rompe a cantar. <i>Toledo 1578</i>	563
28.	Alimento secreto de fray Juan. <i>Toledo 1578</i>	587
29.	«Cántico» —descalzos—. <i>Toledo 1578</i>	595
30.	Le han asado peras con canela. <i>Toledo 1578</i>	635
31.	Fray Juan entra en Andalucía. <i>A la Sierra de Segura 1578</i> .	655
32.	Ha dibujado la silueta de un monte —do mana el agua pura—. <i>Loma de Ubeda 1578-1579</i>	671
33.	Funda Colegio en la Villa Torreada. <i>Baeza 1579-1581</i> ..	705
34.	Madre Teresa no acudió a la cita de Granada. <i>Baeza, Alcalá, Caravaca, Avila, Beas, Granada 1581-1582</i>	751
35.	Agua de la Alhambra. <i>Granada 1582-1583</i>	783
36.	Donde se narra cómo el Capítulo general de los descalzos riñó a fray Juan porque no hacía visitas de cumplimiento en la ciudad de Granada. <i>Granada, Almodóvar, Granada, Málaga, Granada 1583-1585</i>	831
37.	Qué ancha es Andalucía. <i>Andalucía, Lisboa, Andalucía, Castilla, Andalucía 1585-1586</i>	891
38.	¿Serán capaces de quitarle el hábito? <i>Andalucía, Madrid, Valladolid, Segovia 1586-1588</i>	935
39.	Donde se cuentan los infortunios de fray Juan y cómo él tomó partido a favor de dos mujeres fascinantes herederas de madre Teresa. <i>Madrid, Segovia 1588-1590</i>	977
40.	Es más lindo manosear garbanzos. <i>Segovia, Madrid, La Peñuela 1591</i>	1037
41.	«Salí tras ti». <i>La Peñuela 1591</i>	1063
42.	Fray Juan, amigo. <i>Ubeda 1591</i>	1081

Os cuento Juan de la Cruz.

Qué osadía.

Llevo cinco años encadenado a su figura, cosido a sus papeles; y a punto estuve siete veces de tirar la toalla.

De no acabar este libro.

Al final me quedan pendientes de respuesta varias preguntas esenciales. Supongo dudosamente honesto entregaros una biografía sin haber conseguido aclararme a mí mismo algunos rasgos definitorios del personaje. Me resigno y me consuelo esperando que girar en espiral alrededor de fray Juan, os proporcione, quizás, a los lectores, cierto sabor; como a mí. Quizás.

«Quizás», siempre quizás: En torno a Juan de la Cruz caminas permanentemente sobre tierra movediza. Avanzas hesitante. Pisas incierto, indeciso. Los filósofos manejan una palabra finísima para indicar incertidumbre, duda profunda: aoristia. Pues te pegas como un lebril al rastro de Juan de la Cruz y en quince días te vuelves «aorístico». Cómo es posible; si él parece hombre firme, irremediable quizá. Siempre quizá...

Si fue aburrido, quisiera yo saber. Entendámonos: el relato de «las cosas que le pasaron» entretiene, ya lo creo. Sus libros, apasionan. Así que nada aburrida su biografía, nada aburrida su doctrina. Lo que me planteo a ratos es si Juan se aburrió consigo mismo; si llegó a pesarle su peripecia interna. Si no le aplastó la tremenda proximidad de Dios. Aplastado, más que aburrido. Chafado. Apabullado. Hecho una tortilla, dicho sea con perdón.

Unamuno envidiaba la aventura espiritual de fray Juan; Ortega la desestimó, porque a don José le ponían nervioso los tanteos místicos. Unamuno y Ortega tuvieron una bronca sonada a cuenta

de Juan de la Cruz. En cambio D'Ors lució su ingenio pagándole con un título al santo fraile sus trabajos como guía: llamó a fray Juan «el sereno» de la mística. Más de una noche he sonreído estos años viéndomelo, a mi fray Juan, arremangado el hábito y el farol en mano por «los senderos enmarañados en torno al monte».

Asombra, casi asusta, comprobar cómo tenemos deformada la imagen de Juan de la Cruz. Lo de menos es la manía de pintarlo en cromos charolados, el cuello devotamente torcido, la mirada sublime hacia las nubes; un tipo embelesado, puro caramelo. Todo porque cantó el amor, fue poeta del amor. Vive Dios, que pagó bien caros sus cantos de amor. Quienes inventaron semejantes estampas olvidan la miseria infantil de Juan de Yepes; disimulan que un hermanillo le murió de hambre; pasan por alto cómo Catalina su madre viuda arrastró los hijos de pueblo en pueblo pidiendo limosna; tapan los seis o siete años de Juan joven cuidando sifilíticos en un repugnante hospital de Medina del Campo: allí maduró, creció, allí se hizo hombre contemplando cuánto da de sí la existencia jadeante.

Ha pasado con él igual que ocurre a esas iglesias cuyas paredes soportaron una mano y otra y otra de cal, de yeso, hasta quedar los sillares embadurnados, escondidas las piedras: rompes la costra de escayola y encuentras el hombre debajo.

Pero los enigmas referidos a Juan de la Cruz van más hondo. Admiten desde la interpretación racionalista de Baruzi, magnífica, dicho sea con justicia; hasta el vigor martirial percibido por Edith Stein cuando llevó apretado contra sus pechos el *Cántico* en el tren hacia la cámara de gas.

William James vio a Juan de la Cruz «tenebroso».

A Huysmans le parecía el brujo de la tribu, acaso un faquir.

Obseso de la penitencia sangrienta, así lo consideran.

Y por supuesto, cazado en una red subconsciente de procesos sensuales urgentemente necesitados de tratamiento psiquiátrico.

Estas sospechas me ayudaron a saborear de arranque tantos lances de su trayectoria, golpes de ironía sobre la condición

humana. Como si él estuviera riéndose de antemano por las bobadas que luego diríamos a costa suya. En agosto de 1591, últimos meses de su vida, escribe, desde un eremitorio de Sierra Morena, a su amiga doña Ana de Peñalosa:

—Esta mañana habemos ya venido de recoger nuestros garbanzos, y así las mañanas. Otro día los trillaremos. Es lindo manosear estas criaturas mudas, mejor que no ser manoseados de las vivas.

No diré yo que mi fraile anduviera por los caminos de Castilla jaranero como unas castañuelas. Pero los papeles certifican a quien se tome la molestia de comprobarlo que a fray Juan de la Cruz le vieron sus contemporáneos apacible siempre, benigno, inclinado a sonreír. Con cierto punto de ironía. Me viene a las mientes aquel encuentro suyo con la gitana granadina. Baja fray Juan la cuesta de los Gomeles dirigido a calle Elvira. Va de visita a las monjas carmelitas. A mitad de cuesta lo detiene una gitana, con el crío en los brazos: Sepa el fraile que debe dar los dineros para la crianza del niño, pues que el niño es hijo del fraile.

Fray Juan intenta seguir su camino.

La gitana se interpone, terca: que la madre del crío le ha enviado a reclamar dineros al fraile.

Fray Juan:

—¿Quién es la madre?

La gitana: Que una doncella nacida de padres nobles.

Fray Juan:

—¿De dónde vinieron a Granada?

Responde la gitana que siempre tal familia estuvo asentada en la ciudad: nunca salieron, ni los padres, ni la doncella, fuera de Granada.

Fray Juan pregunta interesado, acaricia al niño:

—¿Y qué edad tiene la criatura?

La gitana, convencida de que ya gana la partida:

—Poco más de un año.

Fray Juan:

—Pues hijo es el niño de gran milagro, ya que vine yo a esta tierra sólo hace seis meses y durante toda mi vida jamás puse pies en muchas leguas a la redonda.

Hubo, cuando él lo contó, grandes risas, en el locutorio de las carmelitas: «Hijo de gran milagro...».

¿Tenebroso, fray Juan? Cuidado, amigo, no se precipite, queda mucha tela que cortar.

Don Américo Castro, poeta de nuestra historia, vio nacer España como fruto del conflicto permanente de las tres culturas del Libro: somos hijos de tensión entre judíos, musulmanes y cristianos.

No sé si nacimos «en conflicto», pero cierto que amasados estamos con pelladas de esos tres barros. Forman la tierra donde hundimos nuestras raíces.

Ya que murió don Américo, brindo a su hija Carmen, mi deliciosa amiga, noticias de cierta investigación que uno de los más perspicaces archiveros toledanos lleva discretamente adelante. Gómez Menor ya trabajó el linaje hebraico de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz: por línea paterna, Sánchez ella, y Yepes él, Teresa y Juan traen sangre judía en las venas. Ahora Gómez Menor intuye que por línea materna tuvo Juan de la Cruz ascendencia islámica. Todavía el concienzudo investigador presenta sólo indicios que aclararían ciertos interrogantes, páginas adelante los revisaré. Quedarían resueltos si efectivamente llegamos a descubrir que Catalina Alvarez, madre de Juan de la Cruz, fue, de niña, esclava morisca. En Toledo: hija de moriscos.

Nos encontramos así acrecido el «enigma Juan de la Cruz»: en la cúspide misma de la mística tendríamos un creyente cristiano con sangre cruzada de las religiones hebrea e islámica.

Demos al investigador el margen de prudente espera que su trabajo requiere.

Si la intuición resulta confirmada, nadie se llevará aquel susto que hace cincuenta años produjo el descubrimiento de sangre judía en el linaje de santa Teresa. Al revés, los creyentes del Dios único nos sentiríamos más hermanos.

A mí Juan de la Cruz me parece un zapador, un minero que anda perforando las galerías subterráneas de nuestra existencia.

Lo cual le inscribe, sólo «hasta cierto punto», en áreas de cultura renacentista.

Los especialistas no acaban de aclarar si tuvimos en España «auténtico Renacimiento»; si fuimos de veras «humanistas» o sólo de trampa; si enriquecimos el pensamiento religioso de la época con creadores válidos, o simplemente nos invadió, en el paso del siglo XV al XVI, una oleada de erasmismo. Por lo que a Juan de la Cruz se refiere, nadie pone en duda su dominio perfecto de la técnica poética propia del Renacimiento; y nadie discute su ensamblaje dentro del humanismo teresiano.

Sin embargo él «rompe» la definición habitual que caracteriza al humanismo renacentista como «un desplazamiento de valores desde la esfera divina a la esfera humana». En palabras algo cursis: El Renacimiento pasa del «teocentrismo» medieval, con la idea de Dios como eje y cifra de la creación, al «antropocentrismo» moderno, que sitúa al hombre en el corazón del universo. Símbolo del nuevo planteamiento sería la carta del sistema planetario que aleja la Tierra del centro y la sustituye por el Sol, acercando el hombre «a la naturaleza», su entorno propio.

Pues ocurre que Juan de la Cruz, zapador de las galerías subterráneas de nuestra existencia, lejos de distanciarnos de Dios ilumina la creación con la Presencia absoluta.

A Luis Cernuda, cuando se planteaba preguntas en «Ocnos», le dijo «el pájaro muerto» que no existe Dios. El poeta comentó, solamente: ¿Y cómo existo yo? Juan de la Cruz echó a caminar por esa ruta escondida que lleva al corazón de los secretos: descubrió una cosa importante, poniendo patas arriba nuestros razonamientos. Lo cuenta en esta frase; que quizá, siempre «quizá», sea el resumen de su pensamiento, escalofriante resumen:

—Es un deleite grande conocer las criaturas por Dios y no a Dios por las criaturas.

A primera vista nos permitimos el lujo de preguntarnos si será cierto que «por existir nosotros» existe Dios; cuando la verdad está en la observación de Luis Cernuda: quizá yo ni exista, la Verdad es la Otra, es El. Juan de la Cruz no mira desde las criaturas a Dios, «ve» la creación desde Dios: los puñados de la luz vienen de Dios.